

ESINO RUSO

una hostilidad invencible a la ciudad. El elector sabe que en la ciudad odiada la ciudad porque Los bolcheviques avivan la ciudad; el sistema de la ciudad más grande en los tiempos del zar, los hombres que disponen de su vida y la requisas sistemáticamente se levantaron—en fueron masacrados en la ciudad a sembrar los caminos se extendió desoladoramente. A reparar el gobierno bolchevique un impuesto en especímenes, pero bien poco de cambio el triste mérito al capitalismo las que había repudiado armas de la vida bur-

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administ.: PERU 1537

U. Telefónica: 478 - B. Orden

La acción anarquista

Los anarquistas no debemos limitar nuestras actividades a la simple prédica doctrinaria. Si no como un partido político, con programas reformistas de acción inmediata, el anarquismo debe constituir en sí una fuerza con un lógico desenvolvimiento y un círculo de influencia en el seno del proletariado.

Una fracción del marxismo, aventando la pereza mental que anula a los jefes del viejo partido, convertidos en diputados, senadores y ministros de la burguesía, pretende resucitar el espíritu revolucionario de las grandes masas, aletargadas por el opio electoral prodigado por todas las fracciones social-demócratas en medio siglo de acción política. Y es gracias a una situación especial — al influjo de la revolución rusa — que esos reformistas aparecen a los ojos del pueblo como revolucionarios, desviando de su prédica libertaria a las minorías conscientes y confundiendo las ideas más claras y precisas respecto a los objetivos fundamentales de la acción sindical de la clase trabajadora organizada.

Se puede decir que el momento de más peligro ha pasado ya. El bolcheviquismo, en su retirada hacia la derecha, en sus acomodamientos a una situación que pretenden justificar sus jefes más influyentes y en sus genuflexiones para atraerse las simpatías del capitalismo mundial, va perdiendo terreno en el seno del proletariado y también mucho del ascendiente que ejerció en un principio sobre los elementos socialistas sinceramente revolucionarios.

Pero el arrivismo ha creado una nueva dominación política, y sus partidarios tratan de sostenerse a toda costa en su falsa posición revolucionaria. Repitiendo todas las razones de los estranguladores de la revolución rusa — buscando en el fatalismo histórico el justificativo del fracaso del bolcheviquismo y amanerando a la doctrina marxista todas las transgresiones y violencias del gobierno soviético — pretenden conservar sus prestigios y mantener su ascendencia en ciertos círculos obreros, precisamente en aquellos donde más fuerte se manifestó una reacción que contrastaba con el ya crónico espíritu reformista y aburguesado.

Limitarnos a desarrollar una actividad imprecisa, tomando como campo de acción todo el conjunto social, significa renunciar a constituir una verdadera fuerza revolucionaria. El anarquismo, sin que tengamos que renunciar a nuestras ideas libertarias, debe representar algo homogéneo en ese gran laboratorio de ideas que es el proletariado. De ahí la necesidad de creamos un arma propia, defensiva y ofensiva, no solamente para luchar contra la burguesía, sino para contrarrestar la propaganda desorientadora de los oportunistas, que quieren servirse de la potencia del sindicalismo para marchar a la conquista del poder político e imponer su gobierno personal en nombre del proletariado.

No puede haber anarquistas que difieran en este punto esencial. Como fuerza independiente los anarquistas debe fortalecer sus posiciones en las avanzadas del trabajo organizado, llevando una guerra implacable al seno de las corporaciones obreras sometidas al tutelaje de los partidos políticos, sean éstos de modalidad reformista o revolucionaria.

Solamente así, disponiéndonos a ser una fuerza actuante en la organización sindical, lograremos desterrar de los gremios a los que propagan el sarampión de la dictadura y del Estado centralista de corte bolchevique.

LUCHA DE CLASES

Fuera de la lucha de clases, que es una expresión puramente económica, los socialistas no conciben otros motivos revolucionarios. La humanidad, para ellos, está dividida en dos clases exclusivas: la pobre y la rica. Y el problema — el gran problema humano — consiste en despojar a la burguesía del poder político y de los privilegios que detenta, para poner en su lugar al proletariado.

Se puede decir que, para un marxista que quiere ser consecuente con sus principios, no cabe otra concepción superior fuera de ese cambio en la condición de las dos clases sociales. Y esto está evidenciado por la obsesión que los domina constantemente en conquistar el Poder — por cualquier medio — para trans-

formar el sentido histórico del Estado mediante el cambio de los elementos dirigentes: la burocracia.

Marx y Engels, en el "manifiesto comunista" han expuesto claramente este concepto de la lucha de clases, al sostener que "el proletariado empleará su supremacía política para arrancar gradualmente todo el capital de la clase capitalista, a fin de centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y también para aumentar lo más pronto posible la totalidad de las fuerzas productoras".

No se trata, como se ve, de emancipar a la humanidad, sino de cambiar la situación de los actuales desposeídos en poseedores, dejando en pie al Estado, ori-



PATRIA Y ORDEN

La patria existe gracias a la sumisión del pueblo. El orden se afianza sobre la miseria de los trabajadores. ¿Qué les importa a los patriotas que el pueblo viva en la ignorancia y los trabajadores se mueran de hambre? Lo importante es conservar las instituciones del Estado, mantener el orden burgués, dejar bien sentado el tradicionalismo café que exalta el espíritu patriótico de los ricos.

La civilización tiene su arquetipo en el paria sometido a la brutalidad de los gobiernos patriotas. ¿Es a eso a lo que llaman nuestros patriotas, un perfecto ciudadano, un buen argentino? En las selvas del Chaco, en los yerbales de Misiones, en los feudos de la Patagonia, hay miles de hombres que viven en un siglo que no es el nuestro. ¿Qué deben a la patria esos verdaderos esclavos?

Pero no debemos hacer preguntas impertinentes. El patriotismo se fortalece a costa de esos despojos humanos y el orden se alimenta de esas pitirajas arrojadas a la voracidad del capitalismo extranjero, amo y señor de la República.

gen de todos los males sociales. Los bolcheviques, pues, son consecuentes con las ideas expuestas por los sumos pontífices del socialismo autoritario.

¿Qué es el Anarquismo?

El dominio de clase es extraño al anarquismo. El anarquismo no reconoce ninguna clase, ninguna dominación; en su bandera hay estas palabras: ¡Nada de violencias! ¿Qué dominación puede existir sin violencia? Los social-demócratas pintan al anarquismo como un ser fantástico, como un utopista, mientras que el anarquista afirma que los social-demócratas no tienen nada de común con el verdadero socialismo y que ellos no podrán realizarlo jamás. El anarquista quiere la solidaridad de los hombres y la supresión del Estado. Ningún hombre debe ser gobernado por otro hombre, ningún hombre debe tener el poder de decidir de la suerte de un hombre.

He aquí la diferencia fundamental. Los socialistas, que sean de la

derecha o de la izquierda, independentes o bolcheviques, quieren apoderarse del poder; el anarquista quiere suprimir el poder. El idealista anarquista ve un abuso en el poder; es por eso que quiere matar esa idea de violencia.

DANTON.

(Poeta austriaco contemporáneo).

Las leyes y la justicia

He meditado sobre la filosofía del derecho — dijo monsieur Bergeret, — he visto que toda la justicia social se basa en estos axiomas; el robo es condenable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantienen el orden en el Estado. Si alguno de esos principios tutelares fuera desmentado, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de bronce y de una espada de bronce, vivió con sus compañeros al crepúsculo de la piedra donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de renegiferos. Traían con ellas a las jóvenes y a los jóvenes de las tribus vecinas, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió a un montículo, en medio del campamento, y dijo: "Estos esclavos de este hierro, que he arrebatado a hombres débiles y despreciables son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha". Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquella infunde confianza a todo el mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malos; la ley no puede ser buena porque es anterior a toda idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los justicistas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es a la que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los hombres son propensos a adorar a los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver en la policía correccional en la Corte de Asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas del bien y del mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

ANATOLE FRANCE.

De una postal.

Dejemos que pase la turba en su florecencia de escoria; dejemos que cante los poetas Horones-melancólicos de Cristo; dejemos que los flojos llamen grandes a sus lamentos; dejemos todo eso. Nuestra obra exige mucho más. La elevación de los caracteres fuertes hace que sepan vivir con dignidad y morir con conciencia. No ha de haber vacilaciones. El derecho es de quien tiene la razón. Si venimos siempre "cuando más" seremos más derecho tendremos para exigir a los demás.

FRANCISCO T. BO.

Comentarios

AMSTERDAMIANOS Y MOSCOVITAS

Parece que las buenas relaciones entre "sindicalistas" y "comunistas" comienzan a enfriarse. Y no sólo se enfrían, sino que se endurecen los ánimos de las jefes de ambas fracciones, con grave peligro para la "unidad" del proletariado argentino... Nosotros, justamente alarmados, preguntamos a esa gente: ¿Qué será de la revolución si vosotros, los únicos capaces de fabricarla con vuestra "unidad", os tiráis los trastos a la cabeza? ¡Por favor, por favor, no más como vulgares comadres! Hacedlo por la pobre revolución.

Pero no oírán nuestra súplica. Los amsterdaminos del consejo federal de la Forá del XI, empiezan a poner serios reparos a la propiciada adhesión a la Sindical Roja, y a lo sumo transigirán en que la futura "unión" quede internacionalmente autónoma. Y esto, naturalmente, choca con la opinión que sobre el particular sostienen los moscovitas, cuyo grito de guerra está contenido en estas palabras: o con Amsterdam o con Moscú. Según todos los indicios, el pleito por la dirección y prevalencia en los gremios que forman la alianza político-gremial, lo mantendrán los "comunistas" y los camaleones. Los "apolíticos" van perdiendo terreno día a día, identificándose sus partidarios con uno de los dos grupos predominantes en la ex C. O. R. A., cambiando continuamente de posición y asumiendo la actitud más conveniente para el logro de sus propósitos personales.

Mientras los "sindicalistas puros" simulan ahora defender la independencia del sindicalismo revolucionario, ocultan con esa declaración sus opiniones reformistas y su conducta cobarde frente a todos los problemas de la revolución, los comunistas políticos se afanan en demostrar que en Moscú está el centro de gravedad del mundo obrero y que es necesario girar en torno de ese astro mayor para recibir su poderosa influencia vitalista y subversiva. Y, naturalmente, al surgir el entredicho sobre tan capital cuestión, sin quererlo, unos y otros, destruyen las argumentaciones sentimentalistas de los que propiciaban la unión del proletariado sobre la base de un renunciamiento a las propias ideas.

El clima se ha manifestado en forma insospechable, desmoronando el fantástico frente único de los elementos camaleones y bolchevitas. Y no tardaremos en presenciar verdaderas batallas peritósticas y tribunicias, sostenidas por los escribas y pagogayos de ambos sectores, en defensa de cada uno de los dos puntos cardinales del reformismo: Amsterdam o Moscú.

LOS BANDIDOS ANARQUISTAS

Un tal Yakovlev, miembro del Partido Comunista y funcionario del Soviet escribió una serie de diatribas contra los anarquistas y sindicalistas rusos. Se trata de un documento casi oficial, escrito de acuerdo con ese criterio burocrático que inspira todos los discursos económicos de Lenin, todas las catinarias de Radek y todas las excomunionés de Zinovieff.

El grupito de merodeadores de la organización obrera que dieron en llamarse "comunistas", respondiendo sin duda a las instrucciones de la Tercera Internacional (sección reptiles calumniadores de los anarquistas), publica en folleto las tremedundas acusaciones del funcionario Yakovlev. A juzgar por la propaganda hecha con anticipación por el órgano "Chequeto", llegamos hasta a suponer que se trataría de una obra seria, imparcial y desopasionada, capaz de convencernos de la "razón imperiosa" que obligó al gobierno bolchevique a fastidiar y encarcelar a todos sus enemigos políticos confabulados con la burguesía y el capitalismo internacional, según la clásica expresión de los oráculos oficiales de Moscú.

Hemos leído el folleto de Yakovlev. Es la obra de un funcionario del Estado, servidor incondicional del partido gobernante y enemigo irreconciliable de todos los que combaten al gobierno que dió signi-ficación a su vulgar personalidad. ¿De qué crédito que se da a los anarquistas y

sindicalistas rusos? ¡Por qué horribles deltos pensáis que se les pone en el banquillo de los reos, frente al tribunal del proletariado mundial! ¡Ah, los anarquistas y sindicalistas, en Rusia, a pesar del triunfo bolchevique, prosiguieron propagando la indisciplina y la desobediencia a todo poder, combatiendo la dictadura del partido gobernante! Y este es un delito que no perdonan las gentes de orden...

El funcionario Yakovlev, en primer lugar, pretende establecer una diferencia entre el anarquismo ruso y el que es característico de los países del resto de Europa y América. Luego enumera sus diversas modalidades, para afirmar su acusación calumniosa e interesada. Y lo real es esto: los anarquistas y sindicalistas rusos, ante el peligro autoritario que suponía la consolidación del gobierno bolchevique, se pusieron frente a los funcionarios del soviét, combatiendo su dictadura y tratando de arrastrar al pueblo a la lucha contra los nuevos años.

Las acusaciones de ese funcionario comunista sirven únicamente para dar razón a los miles de compañeros nuestros encerrados en las cárceles de Rusia. Lo mismo podrían decir de nosotros todos los gobiernos burgueses. Nuestro delito consiste siempre en eso que tanto pretenden recalcar los comunistas criollos. Hemos propagado la resistencia a todo poder, la guerra implacable contra el Estado, la expropiación de las riquezas acumuladas en manos de unos pocos, la lucha armada contra las policías y los ejércitos que amparan a los gobiernos. Y los anarco-sindicalistas rusos, según las revelaciones de Yakovlev, emplearon las armas para combatir al gobierno soviético, expropiaron al Estado y desataron las órdenes de los comisarios del pueblo.

Nuestras esperanzas quedaron defraudadas. El tal Yakovlev resulta monótono relatando atrocidades anarquistas. Mejor, mucho mejor, saben los periodistas burgueses inventar novelas terroristas y bandajes anarquistas. Y eso que no creen en la sabiduría de Lenin ni en el talento estratégico de Trotsky.

EL NUEVO COMENSAL

Lloyd George se ha impuesto una vez más por su talento político y por su videncia de profeta burgués. Contra la intolerancia del renegado Briand y la fleugema mental de todos los aliados, la flexibilidad del primer ministro inglés se impone como un medio de equilibrio mundial. La burguesía necesita del apoyo del bolcheviquismo para asegurar su poder y prolongar su dominio sobre la clase trabajadora, y a él apela para conseguir sus objetivos.

En la conferencia de Cannes, se ha resuelto invitar a Lenin a la próxima conferencia económica europea, que se efectuará en Génova. Y el jefe bolchevique aceptó esa invitación en nombre del gobierno soviético, confirmando con ese acto el cambio radical operado en la política económica del Soviet. A costa de un reconocimiento oficial de la burguesía, los "comunistas" renuncian a todo su programa revolucionario y se comprometen a respetar el principio de la propiedad privada, la libertad de comercio y el monopolio extranjero de las industrias rusas. También se comprometen a cesar en su propaganda revolucionaria en el exterior, respetando los tratados internacionales de la burguesía y la política represiva de los gobiernos capitalistas.

Desde que Lenin anunció al mundo el cambio de política del gobierno bolchevique y desde que Trotsky dió a conocer los fundamentos de su "retirada estratégica", la burguesía ve con buenos ojos a esos feroces dictadores. Y Lloyd George, que sabe seguramente hasta dónde puede influir en el ánimo de Lenin una mesa bien servida, reirá de gozo pensando que el ex "bandido" y terrorista, enemigo de los banquetes diplomáticos y de los festines báquicos, será muy pronto su comensal en la comilona internacional de Génova.

No es tan fiero el león como lo pintan, dirán para su colete los gobernantes aliados. Y, en realidad, si algo le queda de león a Lenin, lo perderá ante una mesa bien servida y un anfitrión tan amable como es Lloyd George.

XAXARA.

Trabajadores: Leed
LA PROTESTA

LA DISCIPLINA DE PARTIDO Y EL MIEDO A LA LIBERTAD

El miedo a la libertad, un sentimiento instintivo que crearon en el hombre los siglos de esclavitud, que se constata a cada paso en las manifestaciones de la vida individual y colectiva dentro del marco de toda sociedad fundamentada en el principio autoritario y de obediencia, llega al propio campo anarquista, donde florece esporádicamente como un vestigio de la herencia histórica, de la que no siempre ni en todos los momentos podemos libertarnos por completo. Particularmente en los instantes de intensa conmoción social, que determinan un retroceso moral, o cuando menos una disminución del predominio de la razón sobre nuestra conducta, es más peligroso que nunca el miedo a la libertad, por hallar entonces más favorables condiciones a su aparición. Ahí está el ejemplo de la pasada guerra y de los primeros años de la revolución rusa. La ideología burguesa, en cuya atmósfera hemos nacido y cuya presión sufrimos, mal que nos pese, irrumpirá con más o menos franqueza y de tanto en tanto, en el terreno en que trabajamos las interpretaciones libertarias de la vida individual y social.

Es inevitable. Por eso es nuestra arma favorita la intransigencia; de la intransigencia debemos hacer nuestro escudo contra las influencias de la civilización burguesa, que por todas partes expresa el miedo a la libertad, y la intransigencia debe servirnos de arma en todos nuestros actos y en nuestros pensamientos.

Si es imposible cortar radicalmente con el influjo histórico que pesa sobre nosotros, y que hizo decir a Le Bon que los pueblos son conducidos más por los muertos que por los vivos, es perfectamente realizable la labor ininterrumpida del cultivo de la propia personalidad, de su depuración y de su perfeccionamiento. Lo esencial es descubrir en nuestras interpretaciones las manifestaciones contradictorias que llevamos en loté por la persistencia de los hábitos, los instintos y modalidades de la vida en el régimen milenario de servidumbre y opresión. Como anarquistas, no podemos reposar en unas dadas concepciones sin el examen, el análisis, la rectificación o la reafirmación permanente. El anarquismo es una idea de movilidad, de evolución, de perfeccionamiento indefinido y no hay dogma que pueda determinar su estancamiento ideológico.

El miedo a la libertad, contrapeso consciente o inconsciente de las ansias de liberación y base de la arquitectura autoritaria sostenida por opresores y oprimidos conjuntamente, debe ser desarraigado fundamentalmente de nuestro espíritu. Los anarquistas constituyen el único principio de reacción eminentemente libertario y aun no alcanzamos a comprender toda la trascendencia filosófica, social y política que nuestras ideas continen.

La organización de los partidos, idea que trabajan muchos compañeros, es un reflejo del miedo a la libertad, de la falta de fe en el hombre, del temor a correr el riesgo de una completa responsabilidad personal. La organización de partido revela una desconfianza más o menos grande en los compañeros o partidarios, revela miedo a la libertad de los otros. Y si tiene esto su explicación en las filas de los organismos políticos o reli-

giosos donde se especifican claramente los pastores y el rebaño, entre nosotros sería fruto de una retrogradación lamentable. Nuestra fuerza no está en la masa numérica de los individuos susceptibles de ser acaudillados bajo la bandera negra de la anarquía, ni en la disciplina orgánica de un partido revolucionario, obediente a las tablas de la ley que se levantan como un programa. Nuestra fuerza está en el grado de apasionamiento de los hombres por la libertad; en la rebeldía del pueblo frente a la injusticia y a la subordinación a los dogmas históricos y brutales de la obediencia. Nuestra fuerza no se mide con la medida habitual de los partidos políticos; se constata en la reacción individual o colectiva contra el mal, contra la opresión, contra las trabas gubernativas, las barreras de clase, las mentiras convencionales, contra los dogmas de todos los púlpitos. Esta fuerza, fuerza anárquica, no puede someterse a una disciplina de partido, porque es espontánea, porque es el fruto de un temperamento rebelde o de una evolución mental y no se expresa a la voz de mando, sino en función de las realidades ambientales, de circunstancias especiales. Los anarquistas no obran en virtud de órdenes externas, sino por impulsos interiores; no se agitan por el hecho de permanecer fieles a un convenio o a una resolución adoptada en una asamblea o en un congreso, sino a causa del estímulo que mueve nuestras energías para el bien, para la justicia y para la libertad.

Disciplinar en una organización de partido a los anarquistas es denaturalizar el valor esencial de nuestro pensamiento y de nuestra acción.

Los anarquistas de hecho constituimos un partido, pero si le diéramos a esa construcción resultante de nuestro esfuerzo en común la estructura de un partido, daríamos ocasión a que entre nosotros surgieran las ideas de predominio político, que desvalorizarían ese hermoso organismo revolucionario, sin leyes ni compromisos externos y que sólo existe cuando actúa, cuando trabaja, cuando se agita con un fin determinado. Para accionar en común, no necesitamos más que cultivar nuestra personalidad anárquica; en ese cultivo está la cohesión necesaria, la armonía indispensable para desarrollar una acción proficua y positiva común. Ahí está el ejemplo de la campaña de agitación pro Sacco y Vanzetti. En todo el mundo procuraron los anarquistas interesar a la opinión pública en el repudio de ese crimen de la ley. ¿Fueron necesarias órdenes de nadie, disciplina partidista? Es evidente que no. En cambio tenemos a los adherentes de la III Internacional que no pueden exponer opinión alguna sin la venia previa del Comité Ejecutivo de Moscú. La acción de los comunistas es más armónica ante problemas de interés universal que la nuestra.

Los anarquistas no necesitamos para nuestra labor revolucionaria ninguna organización de partido; ante ciertos hechos reaccionamos de un modo especial que da coherencia espontánea a nuestro movimiento. Para que se haga sentir nuestra influencia no necesitamos más que promover agitaciones de un interés colectivo; en esas agitaciones nos encontramos estrechamente solidarios.

DO
RTAD

un claramente
entre nosotros
adación lamen-
está en la ma-
iduos suscepti-
ajo la bandera
n la disciplina
revolucionario,
la ley que se
ama. Nuestra
apasionamien-
libertad; en la
a la injusticia
s dogmas his-
diencia. Nues-
la medida ha-
icos; se consi-
ual o colecti-
opresión, con-
las barreras
nvenconales,
los púlpitos.
ica, no puede
de partido,
e es el fruto
de o de una
expresa a la
nación de las
circunstancias
no obran en
sino por im-
gitan por el
a un conve-
ntada en una
sino a causa
nuestras en-
eristencia y para

ción de par-
enaturalizar
pensamiento
constituimos
amos a esa
nuestro es-
tura de un
que entre
de predom-
izarían ese
ionario, sin
rnos y que
do trabaja,
eterminado.
necesitamos
personalidad
ntá la cohe-
ispensable
proficua y
ejemplo de
o Sacco y
procuraron
la opinión
crimen de
enes de na-
s evidente
a los adhe-
al que no
na sin la
cutivo de
nistas; es
s de inte-
mos para
inguna ori-
cuerpos he-
lo especial
a nuestro
ga sentir
amos más
un interés
nos en
solidarios.



Es por la velocidad adquirida y por las impresiones de la infancia que vive en este momento el sentimiento religioso. Mis amigos creen voluntariamente que la iglesia es un conjunto de creencias y de prácticas que constituirán algo así como el fondo y la forma de las religiones. Creen que la iglesia es una asamblea de creyentes alrededor de los Libros Santos y una multitud de ovejas en torno a sus pastores, bajo el cayado del cura, del obispo o del Papa. Así considerada, la iglesia na sería más que una especie de vasta, de inmensa asociación que persigue la obtención de felicidades paradisiacas. Se podría decir entonces: Es un asunto de orden privado, no nos ocupemos de él.

Pero la realidad es distinta. Desde hace quince siglos el cristianismo ha renegado de sus orígenes. No es ya la religión de antaño, sino una religión de odio, de sectarismo y de violencia. Era la consoladora de los humildes y la protectora de los pobres. Hoy es el sostén, la defensa y la protección de los ricos y de los grandes.

En la política es la base más sólida del principio de autoridad que conduce a la opresión.

En el terreno económico es la más sólida base del principio de propiedad que culmina en la explotación.

Ved la barricada, la famosa barricada, con los conservadores sociales de un lado y los revolucionarios del otro; los que defienden la vieja sociedad, y se declaran sus partidarios, de una parte; los que son sus enemigos y quieren abatirla, de otra.

La casi totalidad de los creyentes está por los conservadores sociales; contra ellos, los que no creen constituyen la inmensa mayoría.

Sebastián FAURE.

Los jefes de la masa no conciben esa libertad que nosotros reclamamos; no tienen fe en el hombre, temen la deserción de sus partidarios y crean la organización y la disciplina de partido por miedo a la libertad, porque están acostumbrados a relacionar la existencia del rebaño a la de los pastores. Con la organización y la disciplina de partido el individuo es oprimido; no puede correr el riesgo de ser por completo responsable ante su conciencia; porque tan sólo puede ser plenamente responsable el que es enteramente libre.

YO.

La fuerza, tanto en la edad media como en nuestros días, forja todos los derechos; pero ahora el Poder finge dar a sus actos la apariencia de justicia.

STENDHAL.

MENTALIDAD AUTORITARIA

En el fondo todo socialista es un empedernido dictador. El afán de mandar, de dirigir, de imponer su absolutismo demagógico, se manifiesta en todos sus actos. Y hasta la misma noción de libertad y el concepto que tienen del derecho humano, se ajustan a ese criterio autoritario, que excluye toda posibilidad de orden y armonía colectivas sin la tutela del Estado y las consiguientes prescripciones legales para cada movimiento individual y colectivo.

Es esta una cuestión de cultura. La mentalidad de los socialistas tiene en el pasado sus fuentes de inspiración. No conciben una sociedad humana sin códigos que restrinjan la acción del individuo y sin leyes que sometan a una invariable norma de conducta a todo el conjunto social. Hasta en su predicación revolucionaria, contraria a la imposición sistematizada en el Estado burgués, sacan a relucir su criterio autoritario. Y

razonan de la misma manera que debieron haber razonado los creadores de las naciones en su actual conformación jurídica.

El socialismo, en sus diversas modalidades, interpreta el mismo grado de cultura revolucionario. Es esencialmente reformista y autoritario. El problema, tanto para los social-demócratas como para los "comunistas", se reduce a vencer a la burguesía y apoderarse del Estado que salvaguarda sus privilegios. Y para justificar esta vulgar contienda, este simple cambio de amos, los socialistas invocan el derecho de los más a imponer "su gobierno", inventando los llamados "comunistas" ese gran sofisma de la "dictadura del proletariado".

Nada importa para los fines superiores de la emancipación humana, que haya socialistas revolucionarios y que traten de impulsar la acción de los obreros en el sentido de que realicen el asalto al poder que de la burguesía detenta. La concepción autoritaria del socialismo de Estado representa la antítesis de la libertad. Y es ese criterio absolutista e intolerante el que malogra las más grandes aspiraciones de la clase trabajadora.

En los Estados burgueses, los socialistas se convierten en eficaces colaboradores del capitalismo, a pesar de la masa que elige representantes "revolucionarios" para operar desde arriba la transformación de la sociedad y a pesar también de la buena voluntad de esos tremebundos demoleedores. Y allí donde el socialismo llegó a la cumbre del poder, el problema se presenta con los mismos caracteres graves, sin solución posible para la vida miserable del pueblo.

Por razones de orden y de disciplina social, el gobierno social-demócrata de Alemania reprimió violentamente huelgas obreras y acaba de incorporar al nuevo código de la República, disposiciones penales para quienes injurien a la bandera y a las instituciones del Estado. Con parecidos argumentos, alegando la necesidad de defender la revolución y el "Estado proletario", los bolcheviques han encarcelado en Rusia a todos sus enemigos políticos, impidiendo toda propaganda opositora y poniendo como preclito a la libertad individual el sometimiento a su gobierno despótico.

No creáis que se trata de un caso de perversión ajena a la propia conciencia del individuo que quiere ser consecuente con sus ideas. Los actos de los gobernantes socialistas responden a su propia cultura, son obra de su mentalidad autoritaria. Para un bolchevique, todo aquel que niegue la necesidad del Estado y sos-

tenga que la dictadura es la antítesis

la libertad, es un loco o un contrarrevolucionario. Y en cualquiera de los casos lo meterá en la cárcel o le pegará cuatro tiros.

Alguien ha dicho que la "checa" presentaba una de las más grandes conquistas del bolcheviquismo. ¿Quién puede dudar esto? Para un partido que tiene en el Estado y en la conservación del poder toda la felicidad del pueblo, el institución policial vale más que todos los ensayos comunistas ahogados en sangre por los espías del "gobierno proletario". Y es lógico que la defendan, presentándola al mundo como un modo de expeditivo revolucionarismo.

Nosotros no censuramos a los "comunistas" sus veleidades policíacas. Ellas por su mentalidad, están muy cerca de la burguesía y sufren la influencia de ese espíritu autoritario que sirve de gamasa en la consolidación de las instituciones del Estado.

VICTORINA BROCHER

Acaba de morir, a la edad de 60 años, Victorina Brocher.

Era la decana de los combatientes de la Comuna, donde demostró un valor indomable, colocando la bandera roja en las barricadas de Bastilla, en medio de una granizada de obuses. Retrocedió, con los defensores de la libertad hasta la calle Haxo, donde pudo escapar milagrosamente a la masacre.

Ella había, durante el primer sitio, curado los enfermos y heridos en todas partes donde había peligro.

Ha contado los acontecimientos que vivió en su libro: *Recuerdos de una muerta viva* (prefacio de L. Descaves).

En la proscripción, fué amiga de Bakuonin, de Kropotkin, de R. Clús, de Vera Zassoulich, etc. Fué una propagandista entusiasta de las ideas libertarias, hasta en el lecho de muerte. Era al mismo tiempo un modelo de bondad, de altruismo y de una rara energía.

J GRAVE.

MILITARISMO, COMUNISMO y ANTIMILITARISMO

Por PIERRE RAMUS

I

En todos los tiempos históricos conocidos — aún en la prehistoria de la humanidad y en la antigüedad — el armamento social por un jefe cualquiera, caudillo, emperador, rey, presidente o dictador soviético, no se ha hecho nunca para defender los intereses de la humanidad sino siempre para mantener el poder y la dominación de los que, según las creencias autoritarias de las masas populares, encarnan los intereses sociales...

Los hombres convertidos en Estado a través del triunfo de las armas se sostienen en el poder en primer lugar por la violencia de la minoría armada a ellos subyugada, la cual, por su parte, está ligada a su dominadores por múltiples intereses económicos y cometen con el poder de las armas a los demás elementos del pueblo opositor, hasta que la gran masa — trabajada por la obra armónica del clericalismo, de la teología y de la Iglesia, de la educación y de la escuela, de la opinión pública, de las teorías morales o de las ventajas económicas — reconoce la potencia militar como Estado.

Esta génesis del militarismo y la fun-

dación del Estado por su medio es completamente perceptible en todas sus formas; tanto como militarismo del pueblo, armamento general, servicio nacional, defensa, milicia popular, o como instrumento mercenario de una clase, el militarismo nunca es consecuencia de los intereses sociales de la comunidad que arraigan en la libertad individual.

El único principio del militarismo, como instrumento de violencia del poder dominante — el cual debe siempre aparecer como Estado para someter toda comunidad y forzar a los individuos a servirlo — lo ha puesto en evidencia clara e internacionalmente, la primera guerra mundial, excrecencia de las luchas de la rivalidad entre los Estados Centrales y Occidentales, surgidos del anhelado predominio en los Balcanes. Indicando que todos los Estados, sean monárquicos o republicanos, están a merced de los mismos intereses de dominio y de explotación, y por eso, inclinados inevitables trágicos conflictos.

La guerra mundial y sus consecuencias han indicado también que todo Estado, aún el de una dictadura proletaria soviética, está sometido a las ferreas leyes del estatismo; necesita un milita-

risimo para mantenerse y poder conducir las guerras de acuerdo a sus intereses; también el Estado proletario está obligado a servirse de los mismos métodos militares y guerrillistas; debe adoptar la misma rígida disciplina e introducir el mismo servicio obligatorio, como todos los Estados europeos y americanos hicieron, y todo esto, de ninguna manera en interés de la comunidad o sociedad, en interés de la libertad, o por otros altos principios, sino ante todo en beneficio del mantenimiento del propio fundamento estatal, al precio de innumerables vidas humanas; según los dominadores, en nombre de nobles postulados, pero realmente por el mantenimiento de la potencia del Estado.

La guerra mundial, con sus consecuencias ha creado una situación revolucionaria. Primero en Rusia; después en Austria Hungría y Alemania, el militarismo se descompuso. Tal quebrantamiento trajo consigo en el primer momento su completa disolución, a la cual siguió también la del Estado. Se demostró irrefutablemente que el militarismo es la piedra angular del Estado, en su acción monopolizadora, explotadora, esclavizadora y opresora del pueblo.

Desgraciadamente, esa preciosa y feliz situación se mantuvo tan sólo un instante. Las ideas de un antimilitarismo positivo y activo no estaban ni en el pueblo ni en el proletariado bastante difundidas. Los jefes "radicales" de la social-democracia, a merced espiritual de las teorías guerrillistas jacobino-revolucionarias de los revolucionarios jacobinos burgueses nacidos del 1793 se apresuraron a crear un nuevo militarismo. Bajo el falso y sonoro nombre de Volkswehr (defensa del pueblo) guardia nacional republicana, guardia roja, ejército rojo y otras semejanzas, se crearon ejércitos mercenarios, los que desde el primer momento de su formación, ayudaron a constituirse en poder a una nueva forma de violencia estatal, que de inmediato salvó, erigió y defendió el poder del capitalismo que, en el terreno económico, estaba tambaleante. Pues sólo por medio del militarismo pudo el Estado mantener la estructura económica-capitalista.

La guerra mundial, a través de la colosal desvastación de la estructura política y social, la dilapidación y el derroche de todas las fuerzas económicas de la sociedad, en beneficio exclusivo de las funciones estatales, ha creado para sus dirigentes el mejor medio de lucro: la industria del armamento y de las municiones. Sin embargo, el principio estatal, por medio de la completa toma de posesión de los elementos vitales de la sociedad y la utilización de los mismos para sus intereses guerrillistas, ha creado una situación que llevó a una de las más grandes crisis internacionales del capitalismo, la cual puede convertirse en una bancarrota. Tanto Europa como América, y también las otras partes del mundo, vacilan y tiemblan bajo la lucha de rivalidades de los vencedores y de los vencidos.

En los tratados de paz de Versalles y de San Germain, las potencias imperialistas de la Entente, por una parte, y las abatidas potencias capitalistas de Alemania y Austria, por otra, trataron de hacer primar sus intereses plutocráticos.

Para el proletariado mundial, el cambio de los dominadores del mundo, el traspaso del poder de manos de unos bandoleros y opresores del pueblo, como los capitalistas alemanes y austriacos, a las de los capitalistas de la Entente no significa, por sí mismo, un empeora-

miento, un espantoso aumento de la miseria en el nivel económico de la vida.

La causa del hundimiento de las antiguas formas de vida, tiene más bien su origen en la guerra mundial, en las consecuencias naturales de toda guerra, y el proletariado internacional puede aprender en eso que la guerra se hace sólo en favor de los capitalistas, de los propietarios, del Estado y nunca por el bienestar del proletariado.

Al mismo tiempo vemos que los Estados vencidos intentan en todas partes aún, engañar al pueblo para que combatiera nuevamente por los intereses capitalistas. En los países de los Estados vencidos, como en los de los vencedores, los problemas de la reconstrucción y los de la explotación y la opresión internacional del cumplimiento de los deberes del tratado de paz, etc., juegan un rol premeditado para envenenar el espíritu del pueblo y preparar una nueva guerra.

Al proletariado de los Estados de Europa Central le habían hecho creer que su miserable situación era causada por la Entente y sus imperativos de violencia; al proletariado de los países de la Entente le habían hecho creer que su situación mejoraría si los Estados vencidos satisficieran pronto y voluntariamente sus obligaciones de reparación. De ambas partes los planes secretos del nacionalismo, del militarismo y de las maquinaciones provocadas por la política estatal se proponían por ese medio apartar al proletariado del único y verdadero conocimiento emancipador, es decir, el Estado y el monopolio del derecho de los capitalistas sobre la tierra y sobre la producción de los artículos más necesarios, lo cual origina la miseria de los trabajadores de todos los países.

Fragmento

Una ilusión común es la de las formas de gobierno. Se cree disimular la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea exactamente tan imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo. Es que el sentimiento de la dignidad personal no es obra de políticos. No es en los convenios de los conspiradores con suerte donde nace la justicia, sino en los hogares. No es en las costumbres pública donde empieza el progreso, sino en las privadas, las formas escritas se reducen a un detalle grotesco.

Hemos descubierto la conservación de la materia y la conservación de la energía, en las regiones de lo físico. Añadamos en el terreno social, la conservación del coeficiente bárbaro. Agitada con el viento vano de las revoluciones queridas la superficie del mar de la patria; no se alterará en un milímetro el nivel medio de los instintos y de las pasiones. Los seres viven y se transforman de adentro afuera. No hay decoración, por hábil y brillante que se pinte, capaz de producir un futuro verdadero. Los gobiernos y las costumbres administrativas, no son una causa, sino un resultado. Parecen reinar, porque están situados en la cumbre. Pero ni los pararrayos inventan la electricidad, aunque en ellos se desplome el rayo, ni los palacios burocráticos engendran un átomo de potencia colectiva. Equivocación suprema la de los que van a la política para salvar a su país.

RAFAEL BARRET.

Los hombres indignos de ser libres quieren que los demás sean esclavos.

MARTELL.

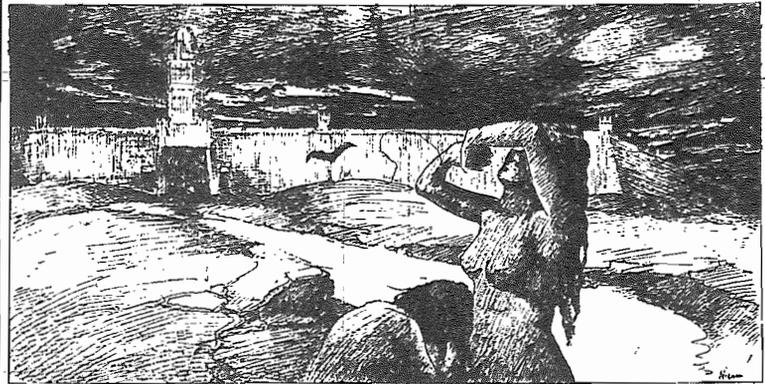
La España de Don Quijano

Con más o menos verbosidad y ahuecamento de voz, los señores burgueses—todos los que tienen alma de burgués—están tratando de convencernos de que el espíritu de Don Quijote sigue inspirando al pueblo español las grandes acciones que para sí soñó el hidalgo de la Mancha. Y a este respecto, en medio de discursos y comilonas, nos sacan a relucir la historia pasada y las historias presentes, paragonando la Conquista del Santo Sepulcro con la *Obra Civilizadora* que España está llevando a cabo en el Riff, y haciendo comparaciones grotescas entre los aventureros que acompañaron a Colón al descubrimiento de América y estos otros aventureros que van a morir voluntaria y forzosamente en los tortuosos barrancos de Norte África.

Es verdad, y no lo negamos, que los medios empleados para conquistar el Santo Sepulcro y los que se emplean en educar a los salvajes del Riff no distan mucho entre sí, así como tampoco son muy diferentes los resultados obtenidos. Pero eso de que los aventureros que acompañaron a Colón sean los mismos en espíritu que esos pobres diablos que van a morir lejos de sus familias por defender una mina que no les pertenece, es ya otra cosa. Es ya otra cosa, como es otra cosa también eso del Quijotismo español. Don Quijote murió al morir Cervantes. Y si algo queda a los españoles de Cervantes es la miseria en que vivió el pobre hidalgo y las injusticias

para convencer, váyase a África, dese un paséjito por las kábilas pasadas a sangre y fuego; por los sembrados pisoteados por los escuadrones; por los árboles frutales talados a machete; por las casas derrumbadas a cañonazos; en fin, por todos aquellos pueblos deshabitados y todos aquellos cementerios repletos por gracia y virtud de la civilización de los españoles. Pero si aún esto no fuese suficiente para convencer, váyase sin pérdida de tiempo hasta las ricas minas de Segangan, a media jornada de Nador, que allí se encontrarán la verdadera razón del por qué los señores burgueses españoles se han metido a civilizadores.

Mas, a pesar de todo, yo también casi me inclino a creer que aún algo queda en España del Don Quijote de la leyenda. El señor Costa aconsejaba que se le pudiese una triple cerradura al sepulcro del Cid, a fin de que no volviese a batallar por las llanuras de Castilla; pero ni el señor Costa, ni ningún otro señor, dijo nada acerca del sepulcro de Don Quijote, ni nada se ha hablado de encerrarlo en lugar más seguro. Y hete aquí, que Don Quijote, atacado una vez por su vieja locura de vengar agravios y desfacar estuertos, surge de nuevo, impetuoso y arrebatado arremetiendo con *follores* y *malandrines*, sin vacilaciones ni consideraciones, y revive en España, aunque sólo por un momento, las batallas generosas de los viejos caballeros andan-



que con él se cometieron. De sus sueños de grandeza: de aquellos ideales de Amor y Libertad; de aquella Edad de oro en que no se conocía lo tuyo ni lo mío, nada podemos decir. El Quijote de ayer se ha transformado en un Don Quijano, que sonríe placentero ante los graznidos de las hurraças patrióteras y se limpia cómodamente las uñas con los huseos de los indígenas africanos. Y lo mismo que con Don Quijote, con Colón murieron los aventureros. ¡Si aun hay soldados en África, el Miedo y la Ignorancia tienen la culpa, que no el deseo de descubrir tierras y conquistar imperios.

Pero entre todas las paradojas de los señores burgueses españoles, o de los que tienen alma de burgués, ninguna como esa de que España va a civilizar a África... ¡España!... España, la de las corridas de toros; la de las cargas de la guardia civil; la que tortura en Montjuich; la que caza a los hombres en las calles; la que encarcela sin formar causa; la que fusila sin juzgar; la que lleva a los presos políticos amarrados codo con codo caminando de un extremo al otro de la península; la que... En fin, por favor... ¡España civilizar a África! Si, preguntétele a los riffinos, a esos hombres libres, que jamás han admitido yugo ni están dispuestos a admitir. Y preguntétese también a los presos políticos, a los miles de sindicalistas y anarquistas que se están pudriendo en las mazmorras de España, y a los miles y miles de emigrantes que tienen que salir de España porque no quieren ser soldados, porque el cacique los persigue, porque la guardia civil los apalea o porque la desmedida ambición de los señores burgueses españoles no quiere que haya paz en toda España. Y si esto no basta

tes. Es verdad que hay quien afirma que estas conmociones que ponen en peligro el régimen español y salvan la dignidad de los españoles, no tiene nada que ver con Don Quijote. Don Quijote está muerto, y bien muerto. Su tumba no necesita la triple cerradura. La España de hoy es la España de Don Quijano, la España de aquel hidalgo miserable que se daba tono de caballero; que comía olla podrida los domingos y pedía prestados unos grequesos para ir a misa.

Pero es mi creencia de que los que esto dicen se equivocan. Dentro de la España de Don Quijano vive la España de Don Quijote; una España que sufre, que no quiere ir a África; una España que multiplica la industria y fecunda los campos; una España que quiere convertir los cuarteles en Escuelas Racionalistas; una España de hombres libres que sueñan y laboran por el derrocamiento de todas las iniquidades.

Pero los Quijotes de esta España viven diferente que el Quijote de la leyenda, y es por eso que no se les reconoce.

En vez de armadura de hierro usan blusa y alpargatas.

Y en lugar de las llanuras de la Mancha, sostienen sus combates en las barricadas de Barcelona.

No viajan a caballo ni tienen escudero: atados codo con codo se les ve ir, pobres Caballeros de la Triste Figura, escoltados por la guardia civil de un extremo al otro de España.

No llaman en su ayuda a los encantadores, sino a los desheredados.

No usan lanza: emplean bombas.

Y en sus corazones de proscriptos, la llama de un Ideal de libertad alumbrada la mágica figura de sus desconocidas Dulcineas.

J. DE BORRAN.

ijano

a Africa, dese un pasadas a sangre rados pisoteados r los árboles frute; por las casas os; en fin, por toshabitados y tolos repletos por vilización de los esto no fuese su, váyase sin pér- ricas minas de nada de Nador, la verdadera rañones burgueses a civilizadores.

yo también casi aún algo queda jote de la leyensejaba que se le dura al sepulcro y volviere a-bata-Castilla; pero ni a otro señor, dijo de Don Quijote, de encerrarlo en hete aquí, que, tra vez por su gravios y desfa- nuevo, impetuoso endo con follo- vacilaciones ni en España, aunto, las batallas aballeros andan-



ción afirma que onen en peligro van la dignidad e nada que ver djote está muerba no necesita paña de hoy es o, la España de que se daba tono olla podría los ados unos gre-

que los que esto ro de la Espa- la España de que sufre, que na España que vigorosa y fecunda los quiere conver- las Racionalis- bres libros de derrocamiento

sta España vis- ote de la leyen- de les reconce. de hierro usan

aras de la Man- es en las barri-

tienen escude- se les ve ir, Triste Figura, civil de un ex-

a los encanta- dados. n bombas. n proscriptos, la piedad alumbra s desconocidas

DE BORRAN

El orden rojo...

El orden es rojo en Rusia. ¿Sabéis lo que quiere decir orden rojo? El mantenimiento de un gobierno por medio de la fuerza armada y la perpetuación de un constante estado de sitio. Porque en la Rusia soviética, el imperio de la ley es algo fundamental, casi dogmático, que se mantiene por los medios más violentos, justificándose esa violencia en razón del origen revolucionario del gobierno "comunista" y del código social por él impuesto al proletariado.

Un corresponsal norteamericano Edwin W. Hullinger, hablando sobre la policía roja y los procedimientos que emplea el gobierno bolchevique para mantener el orden en Moscú, decía lo siguiente en un telegrama hace pocos días publicado por el diario "La Prensa":

"El crimen en el sentido ordinario de los salteamientos a mano armada, y los asaltos personales, puede decirse que actualmente no existen en Moscú. Las calles de esta capital a media noche, hasta las 3 de la madrugada, son más seguras para los transeúntes que la sede Nueva York, Chicago o Kansas City. Los robos en las casas particulares son actualmente muy raros.

Activos contingentes de guardias, especialistas en la persecución de los criminales, y millares de soldados rojos se encuentran durante el día y la noche por todos los barrios de la ciudad, armados con rifles con largas bayonetas, con la orden de hacer fuego contra todos los delincuentes de esa clase, apenas los divisen cometiendo alguna infracción.

La pena de muerte continúa siendo el castigo impuesto al robo. Todo el mundo tiene miedo en Moscú de apoderarse de lo ajeno.

Cualquiera que haya sido su pasado, la guarnición roja de Moscú, — fuerte de 200.000 hombres — es hoy poderosísima para el mantenimiento del orden y para el respeto de la ley. Está bien disciplinada y el gobierno la emplea con la mayor confianza para hacer el servicio de policía en la ciudad.

Los soldados rojos hacen el servicio de patrulla en las calles con mayor interés y atención que cualquiera policía de los Estados Unidos. Se podría formar una idea de la situación imaginándose a Nueva York con un servicio de patrullas hecho por un millón de soldados. La proporción es un soldado por cada siete habitantes.

Con este sistema, ni los infractores de las leyes, ni los contrarrevolucionarios tienen oportunidad para "idear alguna cosa" y ponerla en práctica.

Naturalmente, antes de conseguir la calma que actualmente reina hubo que "suprimir" a numerosos salteadores y otros delincuentes. Los residentes extranjeros, en general, están de acuerdo en asegurar que este estado de cosas ha prevalecido por dos o tres años.

Al principio de la revolución, es cierto, dicen, que la vida se encontraba en peligro al oñochecer, en todas las calles. Los saqueos y asaltos eran numerosísimos y a toda hora se sentían disparos de armas de fuego. El pueblo tenía miedo de salir de sus casas después de oscurecer.

La participación atribuida a los guardias rojos en esas escenas de pillaje es vigorosamente negada por los funcionarios bolcheviques; sin embargo, existen constancias de que algo de eso hubo antes de establecerse el severo régimen actual y de la implantación de la disciplina que el ejército rojo tiene en la actualidad. Esto se ha podido remediar mediante la selección del personal de los contingentes patrulleros, formado actualmente por individuos capaces del desempeño correcto de su misión.

En cuanto a la mencionada participación en los delitos, hoy nadie se preocupa de discutirla y todos están de acuerdo en asegurar que la guarnición roja de Moscú es uno de los cuerpos mejor disciplinados y obedientes que es posible imaginar, por lo menos, según todas las apariencias.

El orden rojo... a lo que se ve, se diferencia muy poco del orden burgués. Y esto no puede admirarnos, puesto que los socialistas son decididos defensores del Estado y del principio de propiedad y tienen la misma noción del delito que los sociólogos y criminalistas al servicio de la burguesía.

Estado y Burocracia

La idea de Estado constituye el principio básico del socialismo. Las revoluciones proletarias, de acuerdo con la concepción marxista, deben tender al fortalecimiento del poder, transformando únicamente el sistema de relaciones, dotando al Estado de una nueva estructura económica y modificando la situación presente de las clases sociales. Y es esa simple transformación de valores políticos, que modifica la existencia del proletariado para convertirlo en casta privilegiada, la suprema aspiración de los llamados comunistas, que sólo tienen de tales el nombre adoptado de manifiesto histórico...

Una valla infranqueable separa a anarquistas y socialistas, a pesar de su común origen sociológico. Mientras nosotros sostenemos que en el Estado está el origen de toda corrupción, y que la ley no puede hacer buenos ni justos a los gobernantes, ellos — los autoritarios — radican en ese imposible perfeccionamiento de las instituciones estatales, el bienestar futuro de la clase trabajadora y toda posible emancipación humana. De acuerdo con este criterio, el mal, la corrupción de los funcionarios y los abusos de la autoridad, radican en los individuos y en la deficiencia de las leyes burguesas, creadas con espíritu parcial y para servir a los intereses de una casta privilegiada.

Toda la labor de los bolcheviques desde que lograron imponer su dictadura al pueblo ruso, se inspiró en ese principio antilibertario. Centralizar en el Estado todas las actividades económicas, radicar en el poder la facultad absoluta a legislativa sobre los actos individuales y colectivos, amoldar la conducta de todos los hombres al dogma marxista transformado en código inflexible, fué la aspiración suprema de esos hombres transformados en gobernantes en nombre de la libertad. Se explica pues, por qué los "comunistas" ven en el anarquismo un peligro mayor que la contrarrevolución burguesa y por qué están llenos de anarquistas las cárceles de Rusia y se empeñan tanto en desacreditarlos ante el proletariado universal.

Los hechos — que tienen en Rusia una verdadera elocuencia — demuestran la razón de nuestra prédica antiestatal y antiautoritaria. El gobierno bolchevique, representa la nueva casta surgida del partido comunista. La conservación y fortalecimiento del Estado, todo ese engranaje jurídico y económico elaborado para organizar la nueva vida y someter a una regla invariable, absoluta, a esa enorme población rural e industrial que forma el ex imperio moscovita, trajo, como consecuencia — para el proletariado — la pérdida de su propia individualidad, la anulación de todo espíritu de iniciativa y la más degradante esclavitud moral. Por lógica consecuencia, al desaparecer la propiedad individual, el monopolio de las grandes industrias y el feudalismo — para ser transformada toda la riqueza social en patrimonio del Estado, y no en propiedad colectiva: comunismo —; al centralizarse todos los elementos de producción y supeditar a un control directo del gobierno las actividades creadoras del pueblo, imponiendo jornadas de trabajo, medidas de racionamiento y sistemas de labor, se desarrolló la burocracia en forma alarmante y el Partido Comunista llegó a ser una organización de funcionarios que defendían sus intereses particulares en perjuicio de la revolución.

El mismo Lenin, en un discurso pronunciado hace poco, en el que desenvuelve su teoría sobre la nueva política económica del gobierno de los soviets, pone de manifiesto el aumento asombroso de la burocracia, que adolece de los mismos vicios y corrupciones que en los gobiernos capitalistas. Pero lejos de encontrar en el mismo Estado la causa de esa degeneración de los funcionarios soviéticos, Lenin la radica en una condición individual, de incultura política, pretendiendo que son los hombres malos y no el instrumento que les da autoridad y prevalencia para hacer sentir el peso de su maldad. He aquí como trata de justificar el jefe bolche-

vique la degeneración de su partido y las transgresiones de sus elementos representativos:

"Las leyes, la estructura de los Soviets son buenas en sí, tales como para eliminar la burocracia y los impedimentos que hacen lento y obstaculizan el funcionamiento de los viejos Estados capitalistas; y aún esta óptima cualidad no es suficientemente utilizada, no se combate con suficiente energía contra el burocratismo y la corrupción. Los mismos comunistas no son lo suficientemente activos en su lucha contra estas dos enfermedades. Por esto hemos debido proceder a la depuración de nuestro partido. Si los cien mil comunistas permaneciendo en el partido, combatirán energicamente contra el burocratismo y la corrupción que se insinúan en nuestras instituciones, se obtendría un notable éxito. Pero una obra realmente eficaz y profunda en este terreno solamente puede ser realizada por las organizaciones encargadas de la cultura política de las masas proletarias.

El nombre mismo de estas organizaciones contienen en sí el vasto significado de la obra que le está confiada y que consiste en la lucha contra el analfabetismo, como medio para elevar el nivel de la cultura general. En la lucha contra la burocracia y la corrupción; en la obra asidua de propaganda y de esclarecimiento entre las masas populares que deben ser conducidas a la justa comprensión de la vida, de las leyes del funcionamiento de los Soviets o del desarrollo y mejoramiento — y realizar real y concretamente las conquistas de nuestra Revolución".

Un partido de gobierno debe fatalmente transformarse en simple agrupación burocrática. Y el mal no está en los individuos, sino en el medio ambiente en que se desarrollan, en esa condición de funcionarios del Estado, insensiblemente alejados de su origen revolucionario para convertirse en instrumentos del Poder y en puntales del orden de cosas establecido. Por su condición centralista y por ese absolutismo dogmático que excluye toda acción contraria al régimen social creado, toda crítica doctrinaria y toda oposición al partido gobernante, el Estado es en Rusia más autoritario e irrespetuoso que en cualquier otra nación burguesa. Y por esas mismas causas, la burocracia representa allí un papel preponderante, siendo de hecho una incipiente casta privilegiada cuyos intereses se diferencia cada vez más de los que defiende el proletariado bajo las nuevas condiciones de vida impuestas por el bolcheviquismo.

Nuestra crítica a los creadores del

El Cerebro

No basta repetir las viejas fórmulas "Voz populi, vox Dei" y lanzar gritos de guerra haciendo flotar en los aires ridículas banderas. La dignidad del ciudadano puede exigir en tal o cual conjuntura, que levante barricadas y que defienda su tierra o su libertad; pero no se imagine nunca que la menor cuestión pueda ser resuelta a la suerte de las balas. Es en las cabezas y en los corazones donde las transformaciones tienen que verificarse antes de hacer entrar en tensión los músculos y de cambiarse en fenómenos históricos.

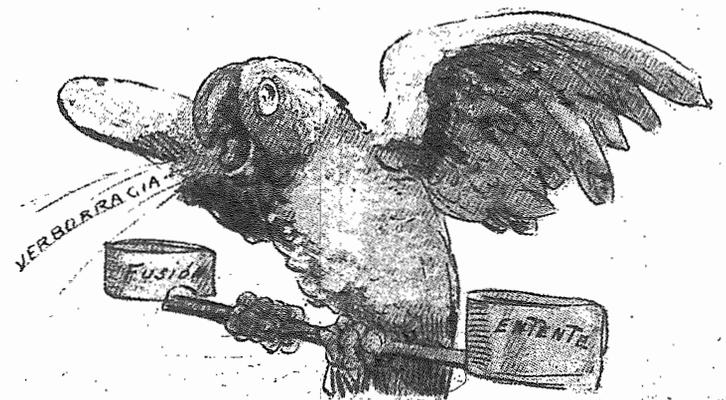
No basta gritar ¡revolución! ¡revolución! para que corramos detrás del que nos entusiasma. Es natural, sin duda, que el ignorante siga su instinto: el toro alocado se lanza sobre un trapo rojo, y el pueblo, siempre oprimido, se precipita contra el primero que se le pone por delante. Una revolución cualquiera tiene su lado bueno cuando va contra un amo o contra un régimen de opresión; pero si ella debe suscitar un nuevo despotismo, se pregunta uno si no habría valido más dirigirla por otro camino. Ha llegado el día de no emplear sino fuerzas conscientes. Los evolucionistas, arribados por fin al perfecto conocimiento de lo que quieren realizar, tienen que hacer algo mejor, que sublevar descontentos y empujarlos sin brújula y sin objeto. Se puede sostener que hasta ahora, ninguna revolución ha sido completamente razonada y que, por lo mismo, ninguna ha completamente triunfado.

E. RBOLUS.

Estado "comunista", que gobiernan al pueblo ruso en nombre de la dictadura del proletariado, está suficientemente justificada. Nuestra concepción revolucionaria, contraria a la existencia de todo poder y de toda autoridad, es irreconciliable con esa tendencia estatal de los bolcheviques, que tiende a fortalecer al Estado a costa de la libertad del individuo, radicando en la potencia de ese instrumento de dominio toda posible conquista revolucionaria.

El Estado es la antítesis de la libertad. Y mal pueden llamarse libertarios los que fincan todo el problema de la libertad y de la emancipación humana, en la existencia de ese instrumento impersonal de tiranía.

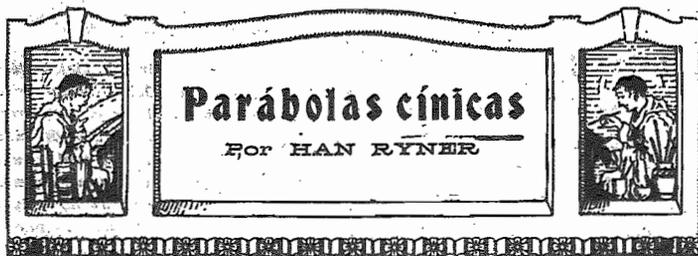
R. ESCALANTE.



EL PAPAGAYO "COMUNISTA"

Dicen que lo importaron de Moscú y que había el ruso a la perfección. Pero también chapucea el castellano. Es un papagayo elocuente que, además de pedir chocolate, se sabe de memoria los discursos de Lenin y Trotsky, y recita los sermones de Radeck sin omitir una coma.

Ahora están amuestrando al animalito para que defienda la "fusión" de acuerdo con los cánones de la Sindical Roja. Y dicen que hace notables progresos. En esa materia ya es más "elocuente" que el mismo Penélon...



Parábolas cínicas

Por HAN RYNER

EL REBAÑO QUE BALAA

Entre los discípulos, muchos parecían mudos mientras Psycodoro estaba allí. Pero, entre los que hablaban, dos, desde los primeros días se habían hecho notar.

Eubulo de Andros era hábil para seguir el sentido flotante de las parábolas. A menudo continuaba el pensamiento del maestro. Algunos afirmaban que se parecía a Psycodoro como un hijo se parece a su padre. Por tanto, rubio y suave, este joven tenía en la sonrisa y en el espíritu más ternura que Psycodoro tuvo y menos mallela.

Pero Excicelo de Megara era un ser apasionado y singularmente toronado. Pasaba, con una facilidad pueril, de las lágrimas a la risa sonora. A veces exageraba el pensamiento del maestro hasta hacerlo repulsivo al maestro mismo; y entonces solamente amaba ese pensamiento. De ordinario se encarnizaba contra lo que se hubiera dicho; tenía la manía de disputar sobre todas las cosas como el perro hidrófobo muerde todos los objetos. Vanidoso y obstinado, se esforzaba por hacer admirar la ingeniosidad y la independencia de su espíritu. Sus ojos brillaban cuando creía, con un problema capcioso, embarazar al viejo filósofo. Pero detestaba las parábolas y todas las respuestas que sonrien y que ondulaban como la luz. Hubiese querido que se le opusiesen fórmulas precisas, esas afirmaciones y esas negaciones rígidas que el espíritu aprehende, con mano irridada, para quebrarlas o para desgarrarse.

Al día siguiente de aquel en que Lyton partió, Excicelo interrogó en estos términos:

—Psycodoro, ¿produce el dinero muchos menos males que la fuente envenenada de que hablabas ayer?

Recibió esta respuesta:

—El dinero produce más males él solo que todas las fuentes y todos los torrentes que bajan de las montañas.

—Pero — replicó Excicelo — el que lo inventó pensó solamente en las ventajas que aún cumple. Quiso ser el bienhechor de los hombres; quiso facilitar los cambios, que el trueque hacía trabajosos e inciertos. Supongo, pues, que tú lo absolvirás como absolvistes a la fuente. O más bien, que le amas y le admiras.

Psycodoro alzó los hombros.

La palabra de Excicelo se volvió áspera:

—Si no comprendo el mal, oh, maestro, la respuesta poco precisa con que te dignas honrarme, cometes en este momento una injusticia y, de dos actos semejantes, condenas el uno y apruebas el otro.

—El inventor de la moneda, hijo mío, no se parece a la fuente alta. Era preciso, para llegar a tal invención un pensamiento aplicado a las cosas bajas. No ha dado nada que corresponda a las necesidades sanas del hombre. ¿qué cosa produjo que pueda satisfacer tu hambre, protegerte contra el frío o sobreponerte al temor y al deseo? Es más bien el envenenador que, entre la fuente y la ciudad, interpuso la fábrica; él ensucia las aguas, entorpeciendo con reflejos me-

tálicos y fétidos lo que llega a nuestra boca.

Psycodoro se calló un instante y sus labios, hasta entonces plegados como en la náusea, dibujaron una sonrisa.

—La naturaleza, continuó, quiso que los frutos, las carnes y las otras cosas necesarias se conserven poco tiempo. Esta sabia previsión había establecido entre los hombres una fraternidad y como una necesidad de recíprocos beneficios. Antes, el que tenía demasiado alimento daba a su vecino, aunque este no tuviese nada que fuese objeto de cambio. La generosidad era el único remedio al dolor de ver el uien pudrirse inútilmente.

Los ojos del filósofo parecían mirar un lejano y alegre horizonte. Las tristezas, al contrario, casi los cerraba al acabar su discurso:

—Hoy, la moneda permite cambiar lo que perecería por una materia duradera, sin uso y sin valor por sí misma, pero que nuestra locura acepta como riqueza real. Bajo una forma tan dura como un corazón de rico, el que tiene demasiado amontona lo que falta a los otros; y levanta, con el hambre de los pobres, el edificio de su poder y de su servidumbre. El inventor del dinero ha perfeccionado esto: ha perfeccionado la tiranía y la esclavitud; ha hecho duradera, sólida y progresiva la desigualdad que era precaria, leve e incierta. Es el padre de miríadas de muertes, de miríadas de mentiras, de miríadas de bajezas. ¿Ha previsto alguno de sus crímenes, bandido que ríe bajo la máscara? No lo creo. Es aquél, más bien, cuyo pensamiento vil perjudica cuando quiere favorecer, aquel que no tiene que dar más que sus suciedades y que exparece su hedor al azar, tanto sobre el pan que acaba de cocer como sobre el campo que se va a sembrar...

—No obstante — objetó Excicelo — los pueblos le alaban y eternamente le alabarán.

—¡Noble argumento para un filósofo! — gritó Eubulo.

Pero Psycodoro dijo:

—Old una parábola:

Un hombre dice a un rebaño de carneros:

—Amatmè. Yo afilé con arte el cuchillo con que se os va a degollar. Aclamadme vuestro bienhechor.

Ahora bien, los carneros balaban todos juntos. Pero yo no adiviné si el balido era de aprobación. El balido de los carneros y de los pueblos aclama casi siempre a los carniceros y a los afiladores de cuchillos. Algunas veces, sin embargo, su sentido permanece indeciso, equívoco y obscuro. Muchos afirman que la voz del pueblo es la voz de los dioses. Quizás tengan razón y mientras que un sacerdote o un orador los traduzca de modo que agráden a los tiranos, el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del pueblo no significan absolutamente nada.

La indiferencia en política es para los pueblos el principio de la sabiduría.

E. LAVERDAYS.

¡El Batallón Infantil!

Han pasado ante mi puerta; al compás de los tambores, cuyas tristes notas dicen la canción de los dolores: avanzaban los pequeños en compacta formación, y en sus frentes enfermizas, donde la anemia se advierte, se decía que la idea de la guerra y de la muerte va invadiendo sus cerebros, anulando la razón.

Han pasado; como huestes veteranas y aguerridas se movían los pequeños, y en sus frentes atrevidas se leían los deseos de la lucha y el fragor; se leían los deseos de las luchas sanguinarias: ¡pobre carne de laceria! ¡pobres flores pastonarias! despojadas del perfume de los besos del amor.

¡Pobres flores! ¿Quién fué el hombre que arrancara cruelmente los cendales de la infancia y os mostró villanamente de la vida de los hombres la miseria y el horror?

¿Quién fué el hombre despiadado que en las manos infantiles puso en vez de blanca palma los mortíferos fusiles, y en las mentes un anhelo de un mentido y falso honor?

¿Quién fué el hombre que arrancara vuestras tiernas ilusiones, de la vida miserable os inculca las pasiones, modelando vuestras almas en los moldes del ayer...? ¿Quién fué el hombre loco o ciego que así trunca vuestra vida? ¿Por qué en vez de los anhelos de la lucha fratricida no despierta entre vosotros el deseo de saber?

¿Por qué en vez de la amplia ropa y la alegre correría por los campos y entre flores, derrochando la alegría, sienten hoy del uniforme vuestros cuerpos la presión? ¿Por qué en vez de los acordes de las bélicas orquestas, no regula vuestro oído el rumor que en la floresta, en los montes y en los valles dice su eterna canción?

¡Lejos!... lejos de vosotros esas prendas, esos trajes! ¡Lejos!... lejos de vosotros la visión de los ultrajes con que intentan los señores despertar vuestro rencor! ¡Tras el recio parapeto de granítica frontera, que separa a los humanos, no es el odio, no, el que espera; ¡son los brazos de otros seres, que nos brindan con su amor!

¡De otros seres! ¡De otros hombres cual nosotros explotados y a la lucha sempiterna del trabajo encadenados por los rudos eslabones de la humana crueldad...! ¡De otros seres que sollozan mientras ríen los dichosos, mas que llevar en sus mentes los ensueños venturosos de una hermosa y floreciente, no lejana humanidad!

De una sociedad dichosa, donde todos los humanos, sin los odios seculares de las razas, como hermanos, en estrecho abrazo se unan, laborando sin cesar... Donde el hombre de la vida goce dicha y favores... donde acaben los esclavos, donde no existan señores... donde el hombre como tema tenga el ¡Vivir para amar!

JOSE MANUEL MENDEZ.

La responsabilidad del Anarquismo en la hora actual

El anarquismo ante los problemas revolucionarios del momento

Los últimos acontecimientos universales han probado, como se prueba la calidad del oro en la piedra de toque, la virtualidad revolucionaria de todas las ideas que propulsaban la transformación de la estructura económica, política y moral de la humanidad. Se impuso vigorosamente la necesidad de aclarar y destindar posiciones, de definir y concretar las divergencias prácticas y teóricas de los partidos y fracciones que fincaban en un porvenir próximo la realización de nuevas formas de convivencia social, más perfectas y más equitativas.

Al examinar las propias fuerzas, que es la más importante de nuestras actuales tareas, nos damos cuenta de que, frente al porvenir, sólo ha quedado en pie la bandera negra de la anarquía, azotada por mil influencias disolventes, azastada por todos los elementos que ante la inminencia de una grave descomposición social, han revelado su naturaleza conservadora y reaccionaria. Hasta

los mismos partidos y fracciones que ayer no más creíamos tener a nuestro lado, marchando con nosotros al asalto de las Bastillas de la civilización burguesa, pasaron hoy al otro lado de la barrera, transigen y pactan con la burguesía y cuando no en el camino de la más vergonzosa contrarrevolución, entran en la vía de un reformismo puramente burgués y concurren con los más acérrimos enemigos del pensamiento libre a la aniquilación de la minoría anárquica, que permanece fiel, que no está dispuesta a arriar el pendón de su intransigencia ni a ceder en su orientación libertaria.

Por eso el anarquismo, ante los problemas de la revolución tiene actualmente la gran responsabilidad de sostenerse sin vacilaciones ni desviaciones, como un faro luminoso al que los pueblos volverán los ojos, descepcionados de las experiencias autoritarias y de los tanteos de construir a base de un Estado opresor de la libertad individual y colectiva la sociedad justa y libre.

Antes los problemas de la revolución, actualmente, los anarquistas debemos

antil!

ores,

rtic,

crucelmente

fantilics

r?

ilusiones,

stra vida?

ta

?

18,

28!

spera;

os,

NDEZ.

arquismo

os

amos

on

la

o

de

individual

mas

anarquistas

...derar primero que estamos, y hemos
...star en lo sucesivo, solos, y segundo
...recién ahora entra el anarquismo en
...faz social constructiva y que es pre-
...interpretar nuestra misión exacta-
...mente, de forma que mañana no ten-
...gamos que volver a empezar de nuevo,
...por los timentos, a causa de nuestras
...pasajeras fascinaciones. La historia ha
...venido a comprobar que la única garan-
...ía de éxito en una revolución es la más
...amplia y absoluta libertad. Seamos con-
...secuentes con esta idea; no la traicio-
...nemos nunca, pero para ello conviene
...comenzar por el cultivo en nosotros mis-
...mos de la personalidad libertaria.

La dominación de las masas

El anarquismo no puede aspirar a la jefatura de las masas. Las organizaciones anárquicas deben mantener su cohesión sin necesidad de recurrir al procedimiento disciplinario de los partidos políticos; nuestra labor es la creación de hombres libres; en la conciencia popular que repudia los métodos gubernativos y elabora una nueva forma de vida social está nuestro poder. Nosotros, en ningún período debemos aceptar la misión del caudillo. Allí donde un caudillo se levanta, nuestros ideas no germinaron suficientemente. Sembradores de ideales, maestros, hoy, mañana y siempre; eso es lo que debemos ser los anarquistas. Difundamos sin descanso y por todos los medios nuestras concepciones de libertad y de justicia; los frutos de esa siembra serán la única retribución de los esfuerzos realizados, de las energías derrochadas. Hasta ahora, los conductores de muchedumbres, marchaban a la vanguardia como vulgares comerciantes de su capacidad de sugestión; luchaban en espera de una recompensa apropiada a sus esfuerzos: una banca en el parlamento o una dictadura después de la revolución. Solamente los anarquistas, amantes de su libertad, pero de su libertad contenida en la libertad de todos los demás, despreciaron esas recompensas, predicaron sin el anhelo premeditado de una retribución. Los anarquistas no pueden asumir la jefatura de las masas; deben conservarse en su puesto, combatiendo todo conato autoritario, pero ante todo guardándose ellos mismos de ejercer ninguna clase de autoridad. Este es uno de los graves peligros porque atravesaremos a menudo mientras en los pueblos exista la noción de que su bienestar y su libertad caerán providencialmente del cielo. No nos cansemos de repetir que el mejoramiento de las condiciones de la vida ha de ser consecuencia del esfuerzo común, de la iniciativa y el trabajo de todos y que siempre que una transformación social sea encauzada de acuerdo al decálogo revolucionario de no importa qué fracción subversiva, será pervertida, paralizada y confiscada prematuramente en sus probabilidades de éxito.

El anarquismo como reacción contra la crisis universal

La crisis universal de todos los sistemas doctrinarios, de todas las ideas que polarizaban el pensamiento humano y llevaban el germen de la inquietud espiritual a los hombres, ha dejado al mundo en espesas tinieblas. Han caído para no levantarse más, creencias y partidos que tenían millares de adeptos, de defensores y de propagandistas, y aquellas masas que se movían a impulso de intenciones exteriores, sin elaboraciones mentales, inconsistentes en espíritu, tanteaban ciegas una salida a la luz de la verdad.

El anarquismo representa una afirmación frente a la crisis universal en que a humanidad se debate. Es la única fuerza que queda en pie, como algo positivo, como la ruta luminosa a que los hombres surtidos en el desconcierto, en la inseguridad, en la incertidumbre se aferrarán vigorosamente.

Como propulsor único de una libertad integral, ante el desprestigio y la derrota de los partidos socialistas, el anarquismo tiene la responsabilidad en el período histórico que se inicia, de la atracción predilecta de los espíritus atormentados por los anhelos constructivos de una nueva civilización. Es preciso, pues, levantar y depurar el movimiento anarquista y no defraudar las esperanzas del mundo, innumerables veces burladas y desconocidas. Pesa sobre los anar-

DE LA SOLIDARIDAD

Problema siempre planteado, y jamás resuelto prácticamente, la armonía de los intereses continúa siendo el objetivo de las escuelas reformadoras y revolucionarias. Los mismos partidos doctrinarios no dejan de intentar la solución del conflicto permanente de los antagonismos sociales. En el propósito, siempre que se trate de hombres de buena fe, hay que reconocer la justicia de todas las ideas.

Así, en el fondo las diversas doctrinas que agitan al mundo, es necesario hallar una característica común a todas las aspiraciones. Cuál sea ésta al tratarse de oposición y lucha de intereses, no es difícil determinarlo. Armonizar elementos opuestos, poner de acuerdo fuerzas antagónicas, sumar lo que por su diferente naturaleza tiende a destruirse, no hay medio de conseguirlo, como no sea por un régimen cualquiera de más o menos amplia solidaridad social. Toda organización establecida y todo plan de organización futura lo supone necesariamente, pues asociarse para la vida común, juntarse en un propósito general de comunes desenvolvimientos, sea el que fuere el principio generador de la comunidad, equivale a declarar establecido o necesario el establecimiento de la solidaridad humana. Es, por tanto, evidente que la característica común a las aspiraciones de los hombres es la necesidad

man un constante proceso de humanización. Los unos piensan en organizar un mundo de animales. Los otros un mundo de hombres. La reconciliación es imposible.

Por esto, cuando los doctrinarios nos hablan de solidaridad, es a reserva de mantener en pie todos los antagonismos, todas las oposiciones y todos los intereses en lucha. Pretenden sumar cantidades algebraicas de signos contrarios, y la suma se convierte en una substracción. La subordinación entre los hombres, la lucha continua entre sus opuestos intereses, sancionada a toda hora por los teorizantes de los hechos consumados, es como de orden natural, cosa indestructible que el espíritu de solidaridad apenas logra amenguar en sus manifestaciones más brutales. La solidaridad se convierte para los doctrinarios en la sanción reglamentada del combate sin fin entre los humanos.

¿Se engaña la humanidad en sus anhelos? ¿Tienen razón los defensores del código de la guerra?

A poco que se reflexione, toda duda desaparece. Los hombres propenden cada vez más a entenderse. Vendida a cada paso su inmensa mayoría, dáse cuenta de la perentoria necesidad de la asociación para la lucha por la vida. Cada uno encuéntrase insuficiente para pelear solo. Quiere sumar sus fuerzas a otras



reconocida de un régimen solidario de convivencia social.

Pero al punto que la divergencia de las ideas surge y la multitud inmensa de teorías y principios en radical oposición solicita las preferencias individuales, dislúyese como por ensalmo en el seno inconoscible del humano cerebro la común característica que a los hombres liga fatalmente por encima de todos los particulares intereses y de todos los egoísmos hereditarios. La divergencia truécase en lucha, y para sumarnos comenzamos destruyéndonos mutuamente, como si la guerra fuese el hecho real que eternamente hubiera de negar el hecho ideal de la solidaridad humana. El bruto, en imposible maridaje con el ser moral, produce aquel dualismo entre la realidad y la idealidad del hombre. El egoísmo animal en consorcio singular con la generosa aspiración del pensamiento que forja el idilio de una vida feliz impercedera, tráenos a cada instante la evidencia de un antagonismo siempre creciente y siempre pujante.

La multitud se divide, se fracciona. Dos corrientes poderosas solicitan las opiniones, y cada cual, según su mentalidad particular, sigue o déjase arrastrar por los elementos que con él concuerdan. A un lado se dirigen los egoísmos del bruto. Al otro las generosidades del hombre. Los que creen en la animidad eterna, sepáranse de los que afir-

fuerzas y conquistar para sí por la comunidad lo que individualmente no podría lograr. Su vecino no es un enemigo; es un asociado. De todas partes inmenso clamoreo demanda un cambio radical en las formas de la vida colectiva. Las ciudades, como las naciones, son grandes comunidades en que cada individuo es enemigo de todos los demás. Preténdese convertirlas en comunidades de hermanos. Quiérese que la solidaridad efectiva de los intereses identifique al individuo con el grupo, que el interés de uno sea el interés de todos, que el interés de todos sea el interés de uno.

Las propias actuales agrupaciones de hombres son la plena confirmación de la posibilidad de un régimen verdaderamente solidario. Desaparece el trabajador aislado y surgen multitud de asociaciones industriales. Los gremios renacen fuertes. El mismo capitalista no se arriesga solo a los vaivenes de la fortuna. Todo el mundo solicita el apoyo de otros. El obrero asocíase también para luchar colectivamente contra la explotación de que se le hace objeto. La solidaridad allenta en todas partes. Es una tendencia evidente de los tiempos nuevos.

¿Será una realidad en el porvenir? Si el porvenir pertenece al Socialismo, la solidaridad será un hecho real.

La amenaza de una próxima revolución está en el ambiente. La igualdad de condiciones económicas es su lema. Ninguna de las escuelas socialistas que se disputan el dominio de las masas, prescinde de aquel principio. Todas lo proclaman. Y como si esto no fuera bastante, del campo de la filosofía y del positivismo y aún del campo de la política, salen voces de sinceridad que proclaman que la igualdad de condiciones económicas es la expresión terminante de la justicia.

Igualdad de condiciones económicas y

comunidad de vida son una misma cosa. La solidaridad es el término que expresa más claramente la identificación de los intereses, la comunidad de medios y fines. La solidaridad, por tanto, es todo el próximo porvenir por el cual luchan sin tregua las masas obreras y hacia el que concurren poco a poco las simpatías de la mayoría de los hombres. Sobre todo de aquellos que no han corrompido una riqueza desproporcionada o un poder excesivo.

Ciertamente que el mundo social carece de hábitos de solidaridad; que la asociación resulta efímera una veces, dañosa otras; que el egoísmo individual, sostenido por la educación, tiene todavía demasiado arraigo en los corazones. Pero el hábito se adquiere con el ejercicio; la cooperación se afirma cuanto más se identifican los intereses, y el egoísmo se amigra cuando llega a no ser necesario. Vivimos todavía en plena guerra y es necesario que el espíritu de conservación individual se sobreponga a toda otra consideración. Los intereses son demasiado antagónicos para que la cooperación sea sincera. Y, en fin, nacemos y crecemos y morimos en un ambiente de odio bastante arraigado para que los bellos sentimientos de la solidaridad hayan podido manifestarse aún bajo la máscara de la compasión caritativa.

Mas esos sentimientos viven en nosotros y corroboran principios e ideas que lentamente van triunfando de los prejuicios tradicionales; la fraternidad se hace cada vez más viva, más sincera, y el mismo instinto de conservación personal se amplifica y comprende que la conservación colectiva y la conservación individual se dan la mano, no pueden existir separadamente y se confunden en un solo y mismo principio de persistencia universal. La evolución de las ideas acompaña a la evolución de los sentimientos y ambas hacen su camino.

¿Qué falta? Remover los obstáculos sociales que impiden la transformación inmediata del mundo. Establecer nuevas condiciones de existencia que permitan el ejercicio de la solidaridad, la práctica de la cooperación, la manifestación líberima de los altruismos nacientes. Falta un sacudimiento social que nos devuelva a la igualdad, que es la justicia, que coloque a todos los humanos en condiciones equivalentes de desenvolvimiento, que renueve el ambiente empobrecido en que actualmente vivimos para que en un proceso de adaptación, más o menos largo, se haga habitual lo que en principio será simplemente concierto voluntarios de todos los hombres aptos para el trabajo y dispuestos, por su propio interés y por el de los demás, a concurrir a la obra común de organizar el nuevo mundo de la Solidaridad.

Porque no pretendemos que en un solo día, y por arte de magia, se realice el programa amplísimo del socialismo revolucionario. La derrota del orden actual de cosas, no supone la realización inmediata del ideal. La obra de la revolución será trabajosa y larga. La comunidad de los medios de producir será establecida en mayor o menor extensión en todas partes; la libertad, más o menos amplia, decretada, por así decirlo, en multitud de villas y ciudades; el socialismo triunfará por doquier y comenzará a desenvolver todo el contenido de su doctrina. El socialismo puramente anarquista, vencedor en las calles, será de hecho la obra del tiempo, tanto más lenta cuanto menores sean las disposiciones de los hombres para el ejercicio de la libertad y de la igualdad. Así la solidaridad, tal como la concebimos, no será probablemente realizable de golpe. Más bien resultará de conciertos parciales entre individuos y entre colectividades, limitada aquí, más amplia allá, no bien entendida en muchas partes. La enorme suma de las preocupaciones y costumbres heredadas, constituirá el mayor obstáculo a su desenvolvimiento. Pero por el ejercicio se adquiere el hábito; y en el transcurso del tiempo, llegará a ser completamente habitual lo que en principio no habrá de ser más que fruto de contratos en que el deseo de justicia se hallará en parte neutralizado por el egoísmo hereditario no bien destruido de los corazones.

La solidaridad, es, pues, un fin; la meta hacia la que camina el humano linaje sin descanso. Empujado por la imponente ola del socialismo, llegará rápidamente a ensayarla. La igualdad económica y la libertad social, lo más amplia

quistas en esta época la responsabilidad de la reconstrucción de las concepciones morales y filosóficas quebrantadas por los últimos acontecimientos universales. He ahí una labor esencialmente revolucionaria, más esencialmente revolucionaria que un tiroteo callejero y motinesco.

Diego Abad de SANTILLAN.

posible, iniciarán el ensayo. La práctica total de la solidaridad pertenece a la evolución del porvenir, a un mundo nuevo en que, ante el espíritu creciente de abnegación, retrocederán todos los egoísmos primitivamente animales y socialmente tradicionales.

La tarea de nuestros tiempos consiste en allanar el camino al porvenir. Difundamos sin cesar las ideas nuevas y preparemos por la propaganda y por el ejemplo a las venideras generaciones para la práctica del más bello de los sentimientos humanos: la Solidaridad.

R. MELLA.

BIBLIOGRAFIA

QUESTIONS DIVERSES

Por Gilles Ervobilles y P. Richard.

De las publicaciones de *La revolte y Temps Nouveaux*, nos ha enviado el camarada Grave el folleto titulado *Questions Diverses* que contiene la primera parte de un hermoso trabajo de Paul Gille, titulado *La integración humana*. Gille es el autor del folleto *El sofisma antiidealista de Carlos Marx y de El problema de la libertad*.

DOVANTI AI GIURATI DI MILANO

Por Armando Borghi.

El compañero Borghi, nos ha remitido varios ejemplares de su discurso ante el jurado de Milán con motivo del último proceso. Es un hermoso documento de rebeldía, de doctrina y de serenidad. Su lectura es digna de ser recomendada a todos los militantes revolucionarios. Los hombres que como Malatesta y Borghi son consecuentes con sus ideas anarquistas, tienen su más glorioso Parlamento en el banquillo de los acusados.

LOS EMANCIPADOS

He visto, días pasados, en Barcelona, al obrero de ayer, hoy convertido en servil esclavo de la burguesía.

Ante su presencia, reposada y tranquila, han desfilado por mi imaginación las efigies de los Briand, Jaurés, Millerand, Ferri...

Me han producido su vista el efecto del charlatán que en las plazas públicas con cuatro palabras huecas, embauca tontos y alucina imbéciles atento únicamente a su meollo personal y sin parar mientes en los males que causa a los que con sus servicios pretende hacer beneficio...

Convertido en diputado obrero por la magnanimidad de la burguesía, a los proletarios inconscientes de su deber toca el subvenir a las necesidades de este individuo que abandonó el trabajo para convertirse en redentor... de sí propio.

Y he pensado también en las nociones de moralidad que este ser demuestra convirtiéndose en asalariado de los asalariados y permitiéndose vivir con las miserias reunidas de hombres parias que se quitan unos céntimos de sus estrechos salarios...

Y mientras, en el lok-out madrileño el ministro de la Gobernación aconsejaba a los comisionados obreros que se guaran de los sabios consejos del leader...

Este es el resultado de la política y del sindicalismo a base múltiple. Se crean jefes, leaders, ambiciosos y desprecupados que sólo tratan de abandonar el trabajo y de buscar su emancipación individual, porque la masa — dicen — no está en condiciones de emanciparse, pero sí en situación de pagarles a ellos el precio de su fingida inteligencia que figuran poner al servicio de los desheredados...

Y también digo que si pensamos en no comisionar a nadie para que haga a sueldo lo que es deber de conciencia que ha-

CARTA DE PARIS

El movimiento obrero francés y la Internacional de Moscú

Los sindicatos franceses quieren quedar autónomos.

Los delegados sindicalistas, que fueron al Congreso sindical internacional de Moscú, habían recibido del "Comité Socialista Revolucionario" instrucciones bien determinadas, que eran:

1o. — Exigir del Congreso, que la sindical internacional por fundarse quede completamente independiente de la Internacional Comunista.

2o. — Exigir, que la Internacional Sindical conozca la autonomía e independencia del movimiento obrero en cada país, y que se reconozca especialmente la inviolabilidad del *sindicalismo francés*, el cual está predestinado a ser la piedra angular de la revolución social en Francia.

3o. — Exigir, que de los estatutos sea excluida la cláusula referente a la representación mutua de las internacionales comunista y sindical en sus comités ejecutivos respectivos.

4o. — Sea lo que resuelva el Congreso, no tiene la delegación el derecho de firmar ni en principio ni en práctica. No tiene más que "tomar en cuenta" estas resoluciones para después pasarlas al Comité Central, el cual a su vez informará a todas las organizaciones adheridas, convocando después a un Congreso, el cual ya aprobará o rechazará las resoluciones tomadas en Moscú.

Este mandato es sumamente característico. Para los rusos salta especialmente a la vista su contradicción con el punto de vista de los bolcheviquis, porque ellos, los bolcheviquis, aspiran, de acuerdo con su doctrina, a someter el movimiento obrero al control del partido, ya que sin ello no puede haber dictadura de partido. Pero como los franceses ignoran por completo las doctrinas socialdemócratas, no es extraño que no lo hayan querido admitir.

Los delegados marcháronse a Moscú. Como es de comprender, no había ningunas comunicaciones regulares durante el Congreso, cayendo su resolución sobre la cabeza de los obreros franceses como una piedra del cielo. Esta revolución, que interesa a los obreros de todo el mundo, es muy interesante, y la expondré brevemente.

Después de referirse a la necesidad de la dictadura del proletariado para abatir la burguesía, habla la resolución "sobre la necesidad de la estrecha relación y ligamiento organizacional entre las distintas formas del movimiento obrero revolucionario, y ante todo entre la Internacional Comunista y la Internacional de los sindicatos rusos, y de la conveniencia de la existencia de este ligamiento entre los sindicatos obreros y el partido comunista en todos los países. Teniendo estas consideraciones en cuenta, resolvió el Congreso, que "la más estrecha relación tiene que establecerse con la Tercera Internacional comunista, que es la vanguardia del movimiento obrero revolucionario en todo el mundo —, y la base de ello tiene que ser la representación mutua de ambas organizaciones en sus comités ejecutivos respectivos". Y sigue: "esta unión deberá tener un carácter orgánico y técnico y tendrá que expresarse en la organización y realización común de actos revolucionarios tanto nacionales como internacionales". Y termina: "el Congreso declara que es necesario unir las organizaciones sindicalistas revolucionarias y establecer una unión estrecha entre los sindicatos obreros rojos y el partido comunista, mediante la ejecución de las resoluciones de ambos Congresos".

Esta resolución fué subscripta tam-

gamos nosotros, esta sarna del proletariado que conocemos con el nombre de socialistas parlamentarios desaparecerá, y con ellos desaparecerán los vividores erigidos en leaders y jefecillos, chupópteros insaciables.

Hagamos por ello.

E. BOAL.

bién por tres delegados franceses, pero en realidad lo fué por dos, porque uno de los tres, Rosmer, vive actualmente como miembro del comité ejecutivo de la Tercera Internacional, en Moscú, representando a Francia. Los otros dos firmantes son Tomassi y Radonej, miembro, el primero, del partido comunista francés y secretario al mismo tiempo de la Unión de Sindicatos del departamento del Sena (en estos sindicatos todo el control lo tienen los jefes de la oposición sindical); sindicalista revolucionario el otro, colaborador en el órgano del comité social-revolucionario *Vie Ouvriere*.

La oposición sindical se indignó. En la bolsa obrera se asombraban y expresaban su indignación. Los de "la derecha" se regocijaban de la desilusión de los de "la izquierda". Los de la izquierda se apresuraban a poner en claro y público su verdadero punto de vista. Se convocó de inmediato a una reunión a los miembros preeminentes del comité social-revolucionario, en la cual se tomó una resolución que fué firmada por todos ellos. Es un poco extensa, pero es un documento tan importante que creo necesario transcribir íntegro, como la verdadera expresión de la extrema revolucionaria del movimiento obrero francés:

"Teniendo en cuenta la resolución tomada en el Congreso sindical internacional rojo, e imposibilitado el comité central para convocar a una reunión general de los comités socialistas-revolucionarios para esta noche, creemos necesario declarar lo siguiente:

a) Nos asombra que bajo la resolución estén las firmas de dos delegados franceses, los cuales, como consta, se extralimitaron en sus poderes.

b) Consideramos que el sindicalismo revolucionario, traicionaría todas sus tradiciones de autonomía sindical si aceptara el punto de vista de la resolución.

c) Estamos plenamente convencidos, que la internacional sindical roja, que se asentara sobre esta base, no podría unir las distintas corrientes revolucionario-sindicalistas en el mundo, ni sería capaz de vivir y de llenar su cometido.

No podemos reconocer la necesidad de la estrecha unión entre los sindicatos y el partido comunista en un plano nacional, ni de la internacional sindical y la internacional comunista en un plano internacional.

Esta unión orgánica, que se ejecute ya de abajo, ya de arriba, alteraría inevitablemente el carácter del sindicato y lo convertiría en un grupo con una tendencia (política) determinada, en vez de quedar una organización de clase, abierta para todos los trabajadores. Por este medio se llegaría a constituir tantos movimientos sindicales cuantas internacionales comunistas o socialistas hay. La Internacional Sindical revolucionaria tiene que estar independiente de la internacional política, al igual que el sindicato tiene que ser independiente de todo grupo político.

Aquí en Francia, no puede reconocer el sindicalismo revolucionario francés ninguna unión orgánica con el partido comunista. Fiel a sus estatutos de Amiens (1) exige para sí la independencia, lo que le da la posibilidad de llamar a todos los obreros independientemente de sus convicciones.

En el terreno internacional reconoce para los demás movimientos sindicalistas el derecho de obrar según sus condiciones históricas y económicas, — pero exigen también para sí este mismo derecho. Considera que si la internacional sindical roja no se adaptara a estas diversas condiciones, se condenará a sí misma a la inactividad y a la muerte. Agrupará en torno suyo una parte del movimiento sindicalista revolucionario. En cambio, si no violará los rasgos originales de cada movimiento, si las dos columnas de la nueva Internacional serán, por un lado el sindicalismo ruso y por otro el sindicalismo revolucionario de los países latinos y anglo-sajones, no cabe duda que adelantará a pasos gigantescos en el camino de la revolución.

Proponemos al Comité Central de los comités socialistas revolucionarios, que proponga a la Internacional Sindical Roja que convoque, a la mayor brevedad, a un nuevo Congreso, en el que se discutirá de nuevo la resolución adoptada, y el (el Comité Central) proponga al Congreso sindicalista francés (a realizarse en Lille) que se declare por la separación de la "Confederación General del Trabajo" de la Sindical Internacional de Amsterdam y aplase al mismo tiempo la discusión sobre la adhesión a la Internacional Sindical de Moscú hasta que este Congreso especial, que reclamamos, no se realice.

Declaramos categóricamente al mismo tiempo, que esta nuestra actitud no emana del mal deseo hacia la Internacional Comunista ni queremos debilitar los sentimientos fraternales que nos ligan con la revolución rusa, sino únicamente de nuestra comprensión de los altos intereses del movimiento revolucionario mundial:

Hoy — como antes — rechazamos a Amsterdam, y el hecho de que no aceptemos el punto de vista del Congreso de la Internacional Sindical Roja, no hará que encontremos virtudes algunas en la Internacional de Amsterdam, que nació durante la guerra de la unión de los sindicatos de los países aliados y que se ligó orgánicamente su actividad al "Bureau Obrero Internacional" de Alberto Thomas y con la Segunda Internacional socialista.

Desearnos más que nunca que nuestros camaradas rusos presencien nuestro Congreso en Lille, donde con provecho para todos consideraremos ambos puntos de vista.

(Aquí siguen las firmas de toda una serie de miembros activos del movimiento revolucionario sindicalistas franceses).

A esta amplia declaración, se adhirió al día siguiente el Comité Central de las organizaciones revolucionarias sindicalistas, el cual declaró que defendería firmemente la autonomía del movimiento sindicalista, lo que no impide que en ciertos casos aislados colabore con los partidos revolucionarios activos, y que exigirá la convocación de un nuevo Congreso internacional.

El primer resultado de esta declaración, fué que Tomassi presentó su renuncia. A su vuelta de Moscú se encontró con tal descontento de sus compañeros por haber firmado la resolución que en aquel congreso se aprobó, que tuvo que abandonar su puesto de secretario de los sindicatos del departamento del Sena.

Unos días después, se inauguró el Congreso sindicalista en Lille. Sobre esto, escribiré en el próximo artículo.

M. CORN.

(1) Indica la resolución que se tomó en el Congreso de Amiens (1906), donde fué declarada la independencia del movimiento sindicalista de los partidos políticos).

Nota del autor.

EL JUEZ



—Yo soy el representante de la Justicia. Sin mí, los hombres se destruirían unos a otros; la humanidad retornaría a su origen bárbaro... Yo soy el representante de la Ley. Los hombres tiemblan ante mí.